

DICKY HOGGE

LA CONVERSION DE UN MALDITO

Cuando el carrete HEAVY se le hizo anacrónico, este poeta con su Nudo escrito y muchos otros nudos existenciales a cuestas, decidió que no sólo los tontos eran felices y que una dosis de regalía burguesa no iba a cortarle la inspiración.

POR
GRACIELA ROMERO.
FOTOGRAFIA:
SOLEDAD CAMPANA.

Toda la bohemia joven que pasaba junto a nuestra mesa en el Tavelli lo saludó con un "¿de dónde sales?" y semejantes. Él respondía con una fresca sonrisa y un murmullo de "escribiendo", o "trabajando", mientras pasaba las manos, casi como tic, por el pelo cortado al rape que le comentarán con más de un pipreo las mujeres, acostumbradas a su coleta, que Dicky Hogge arrasó el pasado 2 de enero, cuando cumplió 30 años.

Un símbolo de algo verdaderamente importante: su salida de las drogas y el alcohol.

-Doloroso dar la espalda al reviente a para fuerza de voluntad. Porque aunque nunca fui un adicto, a veces el cuerpo me pedía una volada. Pero no he reincidento. Me hasta recordar la noche en que, durante un carrete violento, casi me acrimino.

Por esos mismos días circulaba el Nudo, libro poético de Dicky, que aunque en exiguos 500 ejemplares, llamó la atención de los críticos. El mismo que ahora se está editando en inglés, dentro de una Antología norteamericana de los nuevos poetas de Latinoamérica. Eso, por cierto, también lo ayudó, junto con su pareja que como buena ejecutiva (es productora) hizo orden, en la casa que comparten en Huachuraba. En la parcela de Nicanor Parra, su tutor tío, desde que le dio el sí a su hija Colombina para que le arrendara la parcela "a ese muchacho que promete ser un buen poeta".

En esos 7.000 metros de campo semi santiaguino, el vate se afirma como tal con un segundo libro, *Poltrón* que ya tiene editor. Un libro este último que "puede escribir", en tanto Nudo fue algo que "debía escribir".

Algo o mucho tiene que ver el Nudo avecarse con el nudo ya old del Dicky niño. Él lo llama su sempiterna melancolía "distinto a la depresión", cuyo primer poema de dos líneas rectifica el bíblico "Parás con dolor" por un "Serás parido con dolor". Eso que le va saliendo a medida que recuerda su infancia.

-Somos cinco hermanos, tres mujeres mayores y uno menor que yo. Especie de surtido de personalidades diametralmente opuestas pero que no peleábamos. Como tampoco vi jamás pelear a mis padres, lo que fue más malo que bueno. Porque una discusión, al fin y al cabo, significa comunicarse. En nuestra casa, nadie conjugaba ese verbo. Yo todavía puedo sentir el shock de la única vez que vi a mi papá besarse con mi mamá, siempre educadamente ajenos. Un shock casi mayor que, cuando a los dieciséis, me dijeron que si seguía insistiendo en la lesera de ser poeta y no enriaba por una carrera como debe ser, mejor fuera pensando en firme de la casa. Ahí mismo le di un apretón de manos y las gracias a mi padre, y me fui para siempre. Ellos, más tarde, se separaron y la familia, como una especie de asterisco, se disparó cada cual por su lado.

Y el Dicky, que entonces haría el colegio nocturno en el Liceo Lastarria, después de pasar por varios colegios elegantes, comenzó una serie de oficios en el que el de mozo en el "Balthazar", entonces de Carlos Montje, resultó el más logrado.

-Como tenía las mañanas desocupadas, me iba a los rotativos porno del centro, el Opera especialmente, donde entre las películas salían unas striptíseras en vivo. Así hice amistad con Enrique Lihn, que era otro adicto, pero al que nunca me atreví a decirle que yo también era poeta, aunque de índole distinta. Lo de nosotros era una complicidad perversa. Él, para mí, es uno de los grandes de la poesía, aunque en Chile sólo se lea de veras a Neruda, la Mistral, un poquito a empellones a Huidobro y ahora a Zurita. Hay que reconocer que para el mercado, los poetas somos una molestia que vende poco y nada, y para la gente, una zancadilla que les interrumpe el andar apurado que se lleva hoy. Para leer poesía hay que detenerse, y como nadie quiere darse ese tiempo, cual más cual menos, todos somos unos muertos de hambre o cast, mientras esos apurados nos consideran unos ociosos. Esperemos que algún día la cosa cambie.

Los cambios de Dicky Hogge incluyen además, el dejar de ser ateo a marboté y creer en los dioses, por lo menos; no pensar que sólo los tontos son felices; encontrarle el talento a Gabriela Mistral desde que leyó *Tela*, y a Isabel Allende, relejendo la excelente primera mitad de *La casa de los espíritus*; y, en fin, se reconcilió con este mundo que al despreciar, lo convertía en aprendiz de "maldito". ■

AUTORÍA

Romero, Graciela

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La conversión de un maldito [artículo] Graciela Romero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile